

LOS MÉTODOS DE INVESTIGACIÓN: ENTRE LA REFLEXIVIDAD Y LA CONSTRUCCIÓN DE LO SOCIAL

RESEARCH METHODS: BETWEEN THE REFLEXIVITY AND THE CONSTRUCTION OF THE SOCIAL

OS MÉTODOS DE PESQUISA: ENTRE A REFLEXIVIDADE E A CONSTRUÇÃO DO SOCIAL

José Darío Herrera ¹

Resumen: En este artículo se presentan los métodos de investigación como dispositivos de recuperación y construcción del saber social, al estar relacionados con la vida de los sujetos y su entorno. En el desarrollo del artículo se detalla cómo la cartografía y las historias de vida se centran en la información de los contextos más locales, y más allá de registrar percepciones, buscan moldear la manera en la que los fenómenos sociales son comprendidos e interpretados. A su vez, posibilitan transformar lo social desde las relaciones dadas entre lo colectivo y lo personal, teniendo en cuenta los lenguajes y referentes propios del objeto de estudio, sin dejar de lado al investigador en la construcción de datos.

Palabras clave: Cartografía; Historias de vida; Construcción de lo Social; Reflexividad.

Abstract: This article presents the research methods as devices of recovery and construction of social knowledge, to be related to the life of the individuals and their environment. In the development of the article is detailed how the cartography and life stories focus on the information of the most local contexts, and beyond registering perceptions, they think about how to mold the way in which the social phenomena are understood and interpreted. In turn, they make possible to transform the social thing from the relations given between the collective and personal terms, bearing in mind the languages and proper modality of the object of study, without leaving aside the researcher in the data construction.

Keywords: Cartography; Life story; Social Construction; Reflexivity.

Resumo: Neste artigo são apresentados os métodos de pesquisa como dispositivos de recuperação e construção do saber social, ao estarem relacionados com a vida dos sujeitos e seu entorno. Ao longo do texto se detalha como a cartografia social e as histórias de vida se centram na informação dos contextos mais locais, e além de registrar percepções, buscam moldar a forma nas quais os fenómenos sociais são compreendidos e interpretados. Possibilitam, também, uma transformação social a partir das relações dadas entre o coletivo e o pessoal, considerando as linguagens e os referentes próprios do objeto de estudo, sem deixar de lado o pesquisador na construção dos dados.

Palavras-chave: Cartografia Social; Histórias de vida; Construção Social; Reflexividade.

¹Doctor en Filosofía por la Universidad Nacional de Colombia (UNAL). Profesor Asociado de la Universidad de los Andes (UNIANDES), Bogotá, Colombia. E-mail: jd.herrera@uniandes.edu.co

1 Introducción

Más allá de visualizar los métodos de investigación como técnicas o procesos para una adecuada recolección de datos concernientes a un fenómeno, las ciencias sociales las conciben no como una serie de datos existentes y preestablecidos en la práctica social, sino como una construcción generada a partir de los resultados de su uso. Los métodos de investigación, están en función de la experiencia hermenéutica del investigador y permiten visibilizar la comprensión social de quienes hacen parte de los fenómenos objeto de estudio. Adicionalmente, no solo se centra en que el investigador social asegure procesualmente el dominio de los fenómenos sociales sino generar un diálogo con la vida social y estar atento a las situaciones, contextos, y condiciones en las que toma forma lo social (HERRERA, 2010).

El sociólogo francés Pierre Bourdieu (1999; 2000) se refiere a los distintos métodos de investigación y estrategias de categorización como formas de objetivación del mundo real. Descontado está que lejos de asumir los métodos de investigación como formas de acceso al mundo o como procedimientos que garantizan la correcta aprehensión de los objetos de estudio, estos son asumidos, hoy en ciencias sociales, como dispositivos que configuran el objeto de estudio y que en últimas dan forma al modo en que se comprenden e interpretan los fenómenos sociales (HERRERA, 2016).

Este cambio de carácter en lo que respecta a la concepción de método responde evidentemente a un cambio en la concepción de hecho social. Desde Bacon (2003) hasta Durkheim (2000; 2001) resuena el modelo de las ciencias naturales en el que los fenómenos sociales deben ser asumidos como hechos objetivos, independientes de la conciencia de quien los estudia. Ante ellos, el método resulta ser el camino seguro y neutral que garantiza la correcta aprehensión de eso que está “fuera” de la subjetividad del investigador (HERRERA, 2016).

El progresivo reconocimiento que en las ciencias sociales (y también naturales) se ha venido dando respecto de la mutua pertenencia entre lo interpretado y la situación del intérprete tiene como consecuencia que lo que se tomaba como un camino seguro y objetivo para el descubrimiento de las leyes que rigen lo real (el método según Bacon) pase ahora a ser considerado como un dispositivo (en el sentido de producir cosas) de objetivación; es decir, como un conjunto de instrumentos que aportan a la configuración del problema de estudio en cuestión y que conforman una pluralidad de propuestas según los distintos rangos en los que se expresa y configura lo social. No existe en la actualidad

un solo método de investigación que pueda ser aplicado a distintos objetos de estudio. La complejidad, singularidad y especificidad de los fenómenos sociales conlleva cada vez más la aparición y empleo de múltiples caminos de investigación (HERRERA, 2016).

Ahora bien, conviene agregar que los métodos usados en las ciencias sociales “apoyan el propósito de comprender el saber de lo humano, allí donde toma forma, la comprensión de lo social no se garantiza por el seguimiento de los métodos mencionados ni por la asunción de teorías más abiertas a la particularidad y pluralidad de lo social” (HERRERA, 2010, p. 215).

El énfasis que ponen las ciencias sociales (SANTOS, 2012; GEERTZ, 1994; LE GOFF, 2005) en el conocimiento de las racionalidades locales, de los saberes de las comunidades y de las historias parciales trae como resultado el auge de un sinnúmero de estrategias de investigación social que más que confirmar teorías se proponen comprender las particularidades de los contextos sociales. Así, el ámbito de dispositivos de investigación se ha ampliado a otras posibilidades distintas a la medida y la cuantificación encaminándose hacia el mundo de los significados y de las construcciones simbólicas siempre situadas y siempre particulares a los contextos donde se producen. En este contexto, este artículo se va a centrar en la cartografía social y en las historias de vida al ser métodos que se centran en la información de los contextos más locales, que se proponen configurar un saber útil para la transformación de lo social (HERRERA, 2016).

2 Cartografía social

La cartografía social cobra sentido en el contexto de la reconfiguración del pensamiento científico y social que caracteriza a la posmodernidad. Jameson (1991) sitúa el surgimiento de la cartografía social en las transformaciones que supone la posmodernidad respecto de los modos de producción industrial y la entrada de las culturas en un plano estético, en el cual la realidad social se vuelve más fluida e inestable dada la recuperación de la temporalidad y de lo efímero en las formas de experimentar el mundo. La realidad social, en este sentido, no se contrapone ya a lo fragmentario. Al evidenciarse la imposibilidad de alcanzar un universo social estable, la realidad social empieza a articularse como un espacio-tiempo acotado, finito, localizado, que se descompone y recompone más allá de cualquier criterio organizador de la experiencia social (HERRERA, 2016).

Bajo este panorama pueden comprenderse algunos planteamientos que proponen asumir el espacio social como algo más que su localización. Para varios autores el espacio social es un constructo mental a partir de las diferentes experiencias e interacciones sociales, “no es un espacio homogéneo, un espacio objetivo, sino, ante todo, un campo de experiencia que se revela desde la trayectoria de movimiento y no como representación universalmente dada” (HERRERA, 2010, p. 208). Con relación a ese espacio, los mapas sociales que produce la cartografía social no serían imitativos, esto es, no pretenderían dar cuenta exacta o duplicar un territorio en la representación. Por el contrario, los mapas sociales constituirían la reconstrucción de un todo irrepresentable a partir de un mundo de vida que se encuentra en relación con ese todo irrepresentable, que lo reconoce y plasma su reconocimiento en una manera de situarse frente a él. (HERRERA, 2016). De aquí que Jameson (1991, p. 120) afirme que “una estética de la confección de mapas cognitivos -una cultura política de carácter pedagógico que pretendiese devolver a los sujetos concretos una representación renovada y superior de su lugar en el sistema global”

Así, los mapas sociales despejan la relación entre el sistema global y la realidad local desde los recorridos que los sujetos configuran por el hecho mismo de estar atravesados por lo global. En este sentido, dice Jameson (1991, p. 120-121)

...un nuevo arte político -si tal cosa fuera posible- tendría que arrostrar la posmodernidad en toda su verdad, es decir, tendría que conservar su objeto fundamental -el espacio mundial del capital multinacional- y forzar al mismo tiempo una ruptura con él, mediante una nueva manera de representarlo que todavía no podemos imaginar: una manera que nos permitiría recuperar nuestra capacidad de concebir nuestra situación como sujetos individuales y colectivos y nuestras posibilidades de acción y de lucha, hoy neutralizadas por nuestra doble confusión espacial y social. Si alguna vez llega a existir una forma política de posmodernismo, su vocación será la invención y el diseño de mapas cognitivos globales, tanto a escala social como espacial.

Según lo anterior, en el centro de la cartografía social puede leerse un desplazamiento hacia nuevas formas de producción de lo político y de reconocimiento y construcción de lo social más ligadas a la cultura y al mundo de la vida de los sujetos. Para Peter Winch (2012), como para Bourdieu (2008) o Giddens (1995), la comprensión de la vida social debe servirse entonces del entramado conceptual a partir del cual los agentes sociales comprenden el mundo social (HERRERA, 2016).

Ese entramado conceptual o tejido de saberes sociales le otorga al lenguaje y a la práctica de los distintos sujetos un papel central en la investigación social. La manera en que los agentes se refieren a su entorno no son una interpretación “subjetiva” de una objetividad compartida, sino que a través de sus manifestaciones la vida social se configura para quienes conforman esa realidad, “los cartógrafos del mapa social son

aprendices de su propio espacio; espacio que al mismo tiempo se encuentran creando” (DIEZ, 2012, p.16). De igual manera sucede con las prácticas sociales, no son apropiaciones “individuales” de estructuras indefinidas sino representaciones definidas del mundo tal y cómo los sujetos lo viven.

Las ciencias sociales, entonces, tienen que estudiar lo social allí donde este emerge como lenguaje, como discurso, como prácticas y tienen que hacerlo sirviéndose de los repertorios discursivos y entramados conceptuales que utiliza la sociedad para explicarse a sí misma. Puede decirse que las ciencias sociales trascienden al sujeto social como su objeto de estudio para configurar como nuevo objeto de estudio las reglas de juego, las representaciones y los juegos del lenguaje social que trascienden al sujeto (HERRERA, 2016). Al respecto el antropólogo Clifford Geertz (2003, p. 20.) lo afirma de la siguiente manera:

el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones.

Sólo con este giro en las ciencias sociales puede pensarse en los mapas sociales. Primero, porque se busca hacer visibles las categorías sociales y el espacio social que se entreteje en torno a ellas (y no simplemente las relaciones entre los sujetos) y, segundo, porque lo social se piensa más allá de una entidad estable o permanente, a lo cual remite la noción de sujeto social. Con los mapas sociales se pasa de la metáfora del determinismo durkheimniano a un enfoque dinámico y crítico que permite entenderla como una etnografía radical². La vida social tiene su propia forma de comprenderse, esto es de analizarse, entonces también posee sus propios métodos para hacerlo. Estos métodos tendrían que ser rescatados, visibilizados por los métodos de investigación de las ciencias sociales con el fin de determinar lo que se puede fortalecer y potenciar de las prácticas sociales (HERRERA, 2016).

La cartografía social conlleva el reconocimiento del espacio social como un espacio que se hace y rehace semiótico-materialmente. El espacio social en este sentido,

se temporaliza, esto es, se muestra como un territorio definido por su propia historicidad, que lo acota y lo lleva a fluctuar entre lo simbólico y lo material. Paradójicamente, si algo le da consistencia a la realidad social es su carácter

² Por esta vía, y retomando a Habermas (1982) cuando afirma en que todo conocimiento tiene un interés, esto es, que toda construcción teórica posee un horizonte frente al cual se define como tal, podría decirse que la cartografía social tendrían un interés emancipador, lo cual implicaría visibilizar de las prácticas sociales aquello que se considera que puede potenciar la transformación de lo social. En los mapas sociales no hay por qué visibilizarlo todo. Hay que representar sobre todo aquello que tiene un potencial emancipador.

histórico o episódico, es decir, el hecho de constituirse como un espacio-tiempo variable que, a la hora de representarse a sí mismo, lo hace dentro de los límites que le plantea su propia historicidad (HERRERA, 2010, p. 208).

Por otra parte, el saber metodológico es también un saber teórico, detrás de cada método de investigación existe un conjunto de categorías de análisis que se proponen devolver a las racionalidades locales y a los contextos sociales el lugar central del análisis social. En este contexto, se asume como un referente teórico para la cartografía social, la teoría de la vida social sin sujetos. Sin el referente del sujeto y sus implicaciones en términos de identidad, estabilidad, autoconciencia, la vida social puede aparecer como un movimiento en sí misma. En esta perspectiva Luhmann (1998), Deleuze (2005) y otros autores han pensado lo social en términos de rizomas, flujos, prácticas de sí, sistemas de relaciones, de líneas, de circulaciones, de trayectorias, de tejidos (HERRERA, 2016). En este sentido, la cartografía social como

representación espacial o mapa de posiciones y relaciones de saber, representación enredada e interconectada (o rizoma deleuziano), puede ser visto como una metáfora del debate, como un enfoque heurístico y como un sitio real de paralogía y proceso posmoderno. También puede ser visto como una nueva y útil herramienta específicamente creada para dar forma visual a la creciente complejidad del trabajo del conocimiento en la actualidad (PAULSTON, 2001. p. 19).

Lo radical de esta perspectiva debe ser considerado con detenimiento. Pues la teoría de la vida social sin sujetos no simplemente propone un reemplazo del “objeto” de estudio sino que conlleva una dislocación de la relación sujeto-objeto en el análisis de lo social, y por tanto, una disolución del sujeto como categoría fuerte de la modernidad. Debe percibirse aquí un desprendimiento, por parte de la teoría, de la noción misma de sujeto asumiendo a los agentes sociales a partir de otras categorías, que tendrían que hacerse relevantes con la cartografía social, en tanto método de investigación.

La construcción de la cartografía social al ser una metodología que recoge las representaciones de los diferentes agentes para configurar el mundo social, es una estrategia cuyo propósito se basa en registrar el modo en que los individuos aprecian el mundo sino en focalizar su mirada sobre el propio espacio promoviendo nuevas formas de ubicación y acción.

La disolución del sujeto como categoría teórica facilita la concepción de la realidad “como una especie de fractal, un todo que se encuentra en las partes, pero que es más que ellas y unas partes que encarnan el todo, pero que no lo constituyen por una sumatoria” (HERRERA, 2010, p. 209).

Dejar de identificar el mapa con el territorio y comprenderlo más como una producción política y cultural del territorio, abre un principio de complejidad en la construcción de la realidad social que, al perder el lastre que significó para la modernidad la obsesión por remitir la diversidad a una totalidad omniabarcante, posibilita la coexistencia de múltiples perspectivas, que se construyen a sí mismas en la medida en que construyen su representación en relación con las otras (HERRERA, 2016).

Esa complejidad entendida como la integración de la incertidumbre y la concepción de la organización, capaz de unir y contextualizar sin desconocer lo particular y concreto. Así pues, la cartografía social comparte elementos del pensamiento complejo de Edgar Morin al asumir lo complejo como aquello que está tejido junto (TELLO GOROSTIAGA, 2009). En palabras de Morin (2002, p. 16)

en efecto, existe complejidad cuando no se pueden separar los componentes diferentes que constituyen un todo (como lo económico, lo político, lo sociológico, lo psicológico, lo afectivo, lo mitológico) y cuando existe tejido interdependiente, interactivo e interretroactivo entre las partes el todo, el todo y las partes.

La cartografía social no registra simplemente diversas formas de percepción, busca entender la configuración de las múltiples prácticas sociales en un contexto a partir de unas reglas de producción. “La comprensión de estas reglas por parte de los actores sociales permite entonces la comprensión y transformación de lo social desde sus propios referentes” (HERRERA, 2010, p. 209). La preocupación y propósito de los métodos de las ciencias sociales contemporáneas, es captar lo singular, la unicidad de todo fenómeno social y la pluralidad de interpretaciones que lo conforman (HERRERA, 2016).

3 Historias de vida

En ese mismo sentido, las historias de vida son otro ejemplo de esto. Su utilidad se inscribe en la tendencia actual de las ciencias sociales a utilizar aproximaciones teóricas y metodológicas que restituyan la complejidad de lo social, más allá de las pretensiones puramente explicativas, “las historias de vida respetan el momento imprevisible del comportamiento: se acepta a la persona como tal, no se la mediatiza para hacerla entrar en las casillas del cuestionario” (INIESTA; FEIXA, 2006, p. 6). Se trata de reconstruir las realidades históricas en toda su riqueza, más que dar cuenta de relaciones puramente causales de los fenómenos sociales. En el campo de las ciencias sociales, las historias de vida son una metodología cualitativa, que posibilitan la

percepción entre lo individual y lo colectivo, a partir de la narración de la vida de un sujeto, en el cual se aprecian los diferentes giros por los cuales esa historia ha tomado forma desde los diversos aspectos que impactan al agente (HERRERA, 2010).

Las historias de vida privilegian las experiencias de los actores sociales, a la vez que posibilitan:

la integración de percepciones individuales y pautas universales de relaciones humanas, a través de articulaciones temporales. En este sentido, el trabajo sobre las experiencias de los sujetos es fundamental para la comprensión de los actores a partir de sus propios puntos de vista y para la comprensión de procesos sociales más amplios que los individuos (PISCITELLI, 1998, p.68).

Puede afirmarse que los contextos sociales no sólo se definen por sus códigos y relaciones intrínsecas, sino también por la relación que guardan con el contexto más global de la sociedad y de la cultura; y que esto se capta en la vida de los agentes. En términos más técnicos, “el medio no se define como núcleo fundador de identidad más pequeño; se toma por el contrario, en la extensión máxima de espacios sociales yuxtapuestos a grupos domésticos” (CABANES, 1998, p. 221). Al tratar la vida como si se tratara de una historia, de un relato, de una secuencia de acontecimientos con significado, se muestra la pertenencia del sujeto a todo un espacio social que, a modo de escenario, va delimitando las posibilidades de construcción de la subjetividad (HERRERA, 2016).

Las historias de vida tienen un movimiento en que se pretende pasar del análisis de la historia individual al análisis de la vida total en movimiento, dibujada sobre un objeto social, al que pertenece una historia. Partiendo las historias de vida en su fase exploratoria de relatos biográficos inconexos y espontáneos a descripciones coherentes marcadas por la ilusión biográfica que une principio con fin, como algo ya superado y esperado desde siempre. Su objetivo más profundo se logra cuando se constituye en herramienta hermenéutica para la interpretación de la composición de la vida social y de su movimiento (CANO; MENESES, 2009, p. 4).

En la historia de vida, a medida que el enunciante despliega su relato, va poniéndolo en relación con otros relatos, con otros agentes, y lo contextualiza en el marco de procesos socioculturales determinados. Lo más personal da cuenta, entonces, como lo afirma Bourdieu (1999; 2000), de las verdades más profundas de lo social. El papel estratégico de las historias de vida para la comprensión del carácter situado de los fenómenos sociales va quedando cada vez más claro, “su gran valor se debe al hecho de que dan expresión a un gran número de experiencias diversas pero interconectadas que, complementándose e iluminándose mutuamente crean un todo que permite al investigador entenderlas, analizarlas y verificarlas mucho mejor que si encontrara frente a un cuestionario, una entrevista o una carta” (GUTIÉRREZ, 1998, p. 113).

Las historias de vida ayudan a reconstruir historias de lo diferente, a reconocer las identidades que han tomado forma en procesos al margen de los grandes relatos de dominación que han enmarcado los procesos colectivos. La historia de vida como herramienta metodológica recalca un sentido político de afirmar que existen historias que vale la pena recordar, que deben ser rescatadas del olvido.

El relato de un narrador sobre su existencia a través del tiempo, intentando reconstituir los acontecimientos que vivió y transmitir la experiencia que adquirió. Narrativa lineal e individual de los acontecimientos que él considera significativos, a través de la cual se delinear las relaciones con los miembros de su grupo, de su profesión, de su clase social, de su sociedad global, que cabe al investigador mostrar. De esa forma, el interés de ese último está en captar algo que trasciende el carácter individual de lo que es transmitido y que se inserta en las colectividades a que el narrador pertenece (PEREIRA, 1991, p. 6).

En este sentido, las historias de vida facilitan una aproximación a contextos excluidos a través de la historia y surge como metodología a partir de las narrativas que suponen una homogeneización de lo histórico. No se busca fijar una única historia, por el contrario, se busca “hacer visibles las diferencias, las historias a nivel micro, las historias locales que, sin desconocer los procesos temporales a escalas macro, no simplemente se someten a ellos, sino que se gestan desde sus propios marcos contextuales” (HERRERA, 2010, p. 211).

Por otro lado, además del interés en el rescate de las memorias de los grupos subalternos, la historia de vida constituye un dispositivo de investigación que permite caracterizar los contextos sociales y promover vínculos entre las subjetividades, los proyectos de desarrollo y los movimientos sociales. Así las historias de vida posibilitan el reconocimiento del individuo a partir de su mundo social, favoreciendo la toma de conciencia, por parte del actor social, “permite traducir la cotidianidad en palabras, gestos, símbolos, anécdotas, relatos, y constituye una expresión de la permanente interacción entre la historia personal y la historia social” (VILLAMIZAR; BARRETO, 1994, p. 186). Con ello pueden dinamizarse procesos de desarrollo y de reconstrucción crítica del contexto desde el mundo de la cotidianidad. Para muchos investigadores “el mayor valor del uso de esta técnica es que nos da la lógica interna de los procesos, como la gente visualiza, internaliza y se incorpora a los mismos, desde el campo de la diversidad de las individualidades” (SELMAN, 1998, p. 85). La historia de vida posibilita explicitar la situación interpretativa y, a partir de ello, transformarla. Así lo afirma Molano (1998, p. 105):

para la gente que las inspira, para la gente que nos cuenta la historia, que nos concede las entrevistas, que nos da la información, se trata de un espejo

reestructurante, y nada produce más conciencia que verse tal cuál se es. Es la toma de conciencia por parte de la gente inmediata, y también por parte del investigador. Porque si éste último mira con cuidado una historia de vida, encuentra parte de su vida y parte de los elementos que maneja y que se hacen visibles con la posibilidad de diferenciar qué es propio y qué es ajeno, y en el fondo no hay más que una diferencia aparente (...) Hay allí una creación objetiva, no un simple capricho de la subjetividad, sino que se trata de una reelaboración de la historia de la gente con elementos analíticos.

En el diálogo que hoy debe darse entre las comprensiones locales de lo social y las tradiciones científicas, la teoría ocupa un lugar modesto en el análisis de una historia de vida. Esto no significa que la historia de vida pueda simplemente ser expuesta desde la particularidad de su situación, sin ningún tipo de análisis o confrontación teórica. Pero la teoría no puede opacar la comprensión social que se hace presente en la historia de vida. Los investigadores sociales sugieren que la teoría, en las historias de vida “debe entrelazarse con la misma historia de vida que uno está contando sin que se note por ningún lado” (MOLANO, 1998, p. 106).

Es clave que las historias de vida respeten el lenguaje en el cual los actores sociales dan cuenta de su experiencia. El lenguaje que las personas utilizan para referirse a la realidad, no debe ser subsumido por el lenguaje académico. El lenguaje de los actores sociales debe ser incorporado como instrumento de análisis de la historia de vida y

proporciona una lectura de lo social a través de la reconstrucción del lenguaje, en el cual se expresan los pensamientos, los deseos y el mismo inconsciente; constituye, por tanto, una herramienta invaluable para el conocimiento de los hechos sociales, para el análisis de los procesos de integración cultural y para el estudio de los sucesos presentes en la formación de identidades. (VILLAMIZAR; BARRETO, 1994, p.187).

Esta importancia dada al lenguaje de los agentes es un común denominador en varias técnicas e instrumentos de investigación al punto que podría afirmarse que la comprensión de lo local pasa por la visibilización de los lenguajes de los agentes. Cada lenguaje es una acepción de mundo y el mundo social sólo se da en el lenguaje (GADAMER, 2012).

La importancia dada por la filosofía hermenéutica al lenguaje como configurador de mundo está presente en las ciencias sociales más allá de cualquier interés disciplinar. En el campo de la psicología pero también en el de la educación, las narrativas ocupan hoy el lugar central que antes tenían las categorías explicativas. (HERRERA, 2016).

En otros ámbitos, la psicología, por ejemplo, Goolishian y Anderson (1994, p. 296) afirman:

...hace unos veinte años, los psicoterapeutas comenzaron a alejarse de las constricciones impuestas por la psicología cognitiva y su visión del sí mismo como una máquina computante. Muchos científicos sociales empezaron a

explorar las consecuencias de definir al *self* como narrador, como resultado del proceso humano de producción de significado por medio de la acción del lenguaje. Esta concepción “narrativa” se funda en gran medida en la observación de que la actividad humana que se lleva a cabo de manera más inexorable, en público y en privado, despiertos y dormidos, es la del lenguaje; y, en el lenguaje, crear significados implica narrar historias. El *self*, en una perspectiva posmoderna, puede considerarse una expresión de esta capacidad para el lenguaje y la narración. Dicho simplemente, los seres humanos siempre se han contado cosas entre sí y han escuchado lo que los demás les contaban; y siempre hemos comprendido qué somos y quienes somos a partir de las narraciones que nos relatamos mutuamente...

Los métodos empleados en las ciencias sociales se enfocan en las formas de significación de los sujetos cuando se refieren a su mundo y en el lenguaje local. En el mejor de los casos, no somos más que coautores de una narración en permanente cambio que se transforma en nuestro sí mismo, en nuestra mismidad. Y como coautores de estas narraciones de identidad hemos estado inmersos desde siempre en la historia de nuestro pasado narrado y en los múltiples contextos de nuestras construcciones narrativas... (GOOLISHIAN; ANDERSON, 1994, p. 297).

Es fundamental una retrospectiva a las narrativas sociales como base para el análisis de la vida tanto personal como social. Por ello, Goolishian y Anderson (1994, p. 305) enfatizan:

Las perspectivas posmodernas del sí mismo que están comenzando a influenciar la teoría y la práctica de la terapia están conformadas por la hermenéutica y el construccionismo social. Enfatizan nuestra capacidad de crear significado a través del lenguaje y el diálogo. En esta perspectiva lingüística el *self* deviene narrativo. Es, en el mejor de los casos, un sí mismo co-creado: una manifestación de acciones humanas cambiantes, de la acción de hablar acerca de uno mismo con otros...

Y en ciencias de la educación, Jerome Brunner (1999, p. 184), resalta el papel de los contextos y las narrativas en la configuración de la mente humana. Dice:

de alguna manera profundamente sorprendente, este conocimiento almacenado, repleto no sólo de información sino también de prescripciones sobre cómo pensar en él, viene a dar forma a la mente. Así que al final, si bien la mente crea la cultura, la cultura también crea la mente.

El pensamiento narrativo registra la experiencia de manera inmediata como habla, a la vez que ofrece, en el lenguaje que emplea, modelos de identidad y de acción. En la forma narrativa del lenguaje coexisten la experiencia individual y las formas culturales de representar el mundo y los otros. Por ello, “es muy probable que la importancia de la narración para la cohesión de una cultura sea tan grande como lo es para la estructuración de la vida de un individuo” (BRUNNER, 1999, p. 59).

4 Conclusiones

Se han abordado dos métodos de investigación que en ciencias sociales dejan ver con mucha claridad como la investigación configura también el mundo, posibilitando tener una lectura de la vida social y la comprensión de lo humano desde una construcción general y particular de los escenarios donde se producen y no sólo descubre o recoge datos predeterminados, visiones aún muy arraigadas entre las comunidades científicas. Adicionalmente, se han dado argumentos relacionados con la manera en que los métodos cualitativos de investigación configuran el modo de objetivar la realidad social y en este sentido, cumplen un papel político muy importante en la construcción de mundos.

Igualmente, se ha afirmado que métodos como la cartografía y las historias de vida favorecen el acceso a un lenguaje común configurado a partir de la cultura y la identidad. Por un lado, las cartografías sociales permiten reconocer el mundo a partir de las diversas prácticas sociales inmersas en el contexto, que evocan saberes y experiencias a través de las narrativas de la cotidianidad de los agentes y configuran sus realidades. Por otro lado, las historias de vida construyen y reconstruyen lo social desde las narraciones de los sujetos y sus percepciones tanto individuales como colectivas, caracterizando así los contextos sociales.

A su vez, en estos métodos de investigación se resalta el papel que juega el investigador en la construcción de los datos que hace posible el método, y cómo éste entra en diálogo con las circunstancias y condiciones en las que lo social toman forma. Los métodos cualitativos ayudan a ganar conciencia de la influencia que el investigador ejerce en la configuración de sus datos.

Referencias

- BACON, F. **Novum organum**. 1.ed. Buenos Aires: Losada, 2003.
- BOURDIEU, P. **Meditaciones pascalianas**. 1.ed. Barcelona: Anagrama, 1999.
- BOURDIEU, P. **Los usos sociales de la ciencia**. 1 .ed. Buenos Aires: Nueva Visión, 2000.
- BOURDIEU, P. **Capital cultural escuela y espacio social**. 2. ed. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2008.
- BRUNER, J. **La educación, puerta de la cultura**. 2. ed. Madrid: Visor, 1999.
- CABANES, R. El aporte teórico del enfoque biográfico para el estudio de un medio social dominado: los obreros de São Paulo (Brasil). En: LULLE, T; VARGAS, P.; ZAMUDIO, L. (Coords.). **Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales**. 1. ed. Bogotá: Anthropos Editorial, 1998. p. 213-249.

CANO, A.; MENESES, M. T. Técnicas conversacionales para la recogida de datos en investigación cualitativa: La historia de vida (II). **Nure investigación**, Madrid: n. 38, p. 1-6., ene-feb. 2009

DELEUZE, G. **Derrames entre el capitalismo y la esquizofrenia**. 1. ed. Buenos Aires: Cactus, 2005.

DIEZ, J. M. Cartografía Social. Herramienta de intervención e investigación social compleja. El vertebramiento inercial como proceso mapeado. En: DIEZ, J. M.; ESCUDERO, B. (Comp.). **Cartografía Social. Investigación e intervención desde las ciencias sociales, métodos y experiencias de aplicación**. 1. ed. Comodoro Rivadavia: Universitaria de la Patagonia, 2012. p. 13-24

DURKHEIM, É. **Las reglas del método sociológico**. 6. ed. Barcelona: Akal, 2001.

DURKHEIM, É. **Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales**. 1. ed. Madrid: Alianza Editorial, 2000.

GADAMER, H. G. **Verdad y método**. 13. ed. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2012.

GEERTZ, C. **La interpretación de las culturas**. 12. ed. Barcelona: Gedisa, 2003.

GEERTZ, C. **Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas**. 1. ed. Barcelona: Paidós, 1994.

GIDDENS, A. **La Constitución de la Sociedad. Bases para la teoría de la estructuración**. 2. ed. Buenos Aires: Amorrortu, 1995.

GOOLISHIAN, H.; ANDERSON, H. Narrativa y *self*, Algunos dilemas posmodernos de la psicoterapia. En: FREÍD, S. D. (Ed.). **Nuevos paradigmas cultura Y subjetividad**. 1.ed. Buenos Aires: Paidós, 1994. p. 293-306.

GUTIÉRREZ, F. Historias de vida. Notas acerca de la tradición polaca. En: LULLE, T.; VARGAS, P.; ZAMUDIO, L. (Coords.). **Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales**. 1. ed. Bogotá: Anthropos Editorial, 1998. p. 112-122.

HABERMAS, J. **Conocimiento e interés**. 1. ed. Madrid: Taurus Ediciones, S. A., 1982.

HERRERA, J. D. **La comprensión de lo social. Horizonte hermenéutico de las ciencias sociales**. 2. ed Bogotá: Ediciones Ántropos Ltda., 2010.

HERRERA, J. D. Los métodos de investigación como dispositivos de recuperación-construcción del saber social: La cartografía y las historias de vida. En: CONGRESSO IBERO-AMERICANO EM INVESTIGAÇÃO QUALITATIVA, 5, 2016, Porto. **Anais...** Porto: Ludomedia, 2016, p. 165-172.

INIESTA, M.; FEIXA, C. Historias de vida y Ciencias Sociales. Entrevista a Franco Ferrarotti. **Perifèria**, Barcelona, v. 5, n. 5, p. 1-14, dic. 2006

JAMESON, F. **El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado**. 1. ed. Barcelona: Paidós, 1991.

LE GOFF, J. **Pensar la historia: Modernidad, presente, progreso**. 1. ed. Barcelona: Paidós, 2005.

LUHMANN, N. **Complejidad y modernidad**: de la unidad a la diferencia. 1. ed. Madrid: Editorial Trotta, 1998.

MOLANO, A. Mi historia de vida con las historias de vida. En: LULLE, T.; VARGAS, P.; ZAMUDIO, L. (Coords.). **Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales**. 1. ed. Bogotá: Anthropos Editorial, 1998. p. 102-111.

MORIN, E. **La cabeza bien puesta**. Repensar la reforma. Reformar el pensamiento. 1. ed. Buenos Aires: Nueva Visión, 2002.

PAULSTON, R. El espacio de la educación comparada y el debate sobre el posmodernismo. **Propuesta Educativa**, Buenos Aires, v. 10, n. 23, p. 18-31, dic. 2001.

PEREIRA, María. Relatos orais: do 'indizível' ao 'dizível'. En: PEREIRA, M. (Ed.). **Variações sobre a técnica do gravador no registro da informação viva**. 1. ed. São Paulo: Ciência e Cultura, 1991. p. 1-26.

PISCITELLI, A. Pasión, casamiento y poder: tradición oral y memoria en familias latifundistas del café. En: LULLE, T.; VARGAS, P.; ZAMUDIO, L. (Coords.). **Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales**. 1. ed. Bogotá: Anthropos Editorial, 1998. p. 65-81.

SANTOS, B. de S. **De la mano de Alicia: lo social y lo político en la postmodernidad**. 2. ed. Bogotá: Ediciones Uniandes. Siglo del Hombre Editores, 2012.

SELMAN, A. Historia de vida: individualidad y proyectos de desarrollo. En: LULLE T.; VARGAS, P.; ZAMUDIO, L. (Coords.). **Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales II**. 1. ed. Bogotá: Anthropos Editorial, 1998. p. 73-87.

TELLO, C.; GOROSTIAGA, J. El enfoque de la cartografía social para el análisis de debates sobre políticas educativas. **Práxis Educativa**, Brasil, v. 4, n. 2, p. 159- 168, jul-dic, 2009

VILLAMIZAR, Y.; BARRETO, J. La historia de vida: recurso en la investigación cualitativa. Reflexiones metodológicas. **Maguaré**, Colombia, v. 9, n. 10, p. 185-196, 1994.

WINCH, P. **Ciencia social Y filosofía**. 2. ed. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2012.